

Se debe desear la muerte por ir á ver á Dios. *ibid.*

El que tiene mas hijos debe dar mas limosna. *305*

Las santas ocupaciones cierran la puerta á las tentaciones. *ibid.*

La comunión suaviza nuestros males. *306*

En qué sentido debemos pedir á Dios que se haga su voluntad. *ibid.*

Con qué alegría debemos padecer por aquel Señor que nos sostiene en nuestros trabajos. *307*

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.

ibid.



BIBLIOTECA PORTATIL

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

SAN IGNACIO, discípulo de los Apóstoles, Obispo de Antioquia, y Mártir.

[Padre Griego, que murió el año de 107 de Jesuchristo.]

ARTÍCULO PRIMERO.

Historia de su vida.

SAN Ignacio llamado por sobrenombre Teóforo, esto es, el que lleva á Dios; nació en Siria. Los Padres antiguos (1) dicen que este Santo no alcanzó á ver á Jesuchristo, sinó que fué discípulo de los Apóstoles, y en particular de S. Pedro y de S. Juan Evangelista. Estos por la imposicion de las manos le consagraron Obispo de Antioquia por muerte de S. Evodio, sucesor de S. Pedro. Habia entónces en Antioquia mas de doscientas mil almas; pero no tuvo tanto que padecer por parte de aquella multitud como por las persecuciones que levantó contra su Iglesia el Emperador Domiciano: mas como buen Pastor, ya con oraciones y ayunos, ya con sus freqüentes instrucciones, con-

(1) San Juan Chrisóstomo en la Oración 42, y en el Cap. 18 de S. Mateo dice que S. Ignacio sucedió inmediatamente á S. Pedro; otros dicen que fué Obispo con S. Evodio; el uno para los Judíos convertidos,

y el otro para los Gentiles; pero que dexando despues todo el cuidado á S. Evodio, muerto este, volvió á gobernar aquella Iglesia. Véase á Tillemont tom. 2 de sus Memorias.

servó ileso su rebaño, y resistió á las impetuosas olas de la tempestad.

Calmó la borrasca con la muerte de Domiciano: daba el Santo gracias á Dios por la tranquilidad de la Iglesia, mas sentia no haber podido conseguir el acto del mas perfecto amor á Jesuchristo, y concluir sus dias como sus verdaderos discípulos; porque entendia que la corona del martirio le habia de dar entrada á la familiaridad deseada con su Dios. Á pocos años que gobernaba la Iglesia, se le cumplieron sus deseos. Trajano lleno de soberbia por el triunfo que acababa de conseguir de los Escitas y Dacios, entendió que solo le restaba para colmo de su gloria, sujetar á su imperio al Dios de los Christianos, y precisarlos á estos á tributar cultos á los falsos Dioses, como todas las naciones del mundo: con este pensamiento partió de Roma á la guerra contra los Armenios y Partos, y llegó á Antioquia por Enero del año 107 del nacimiento de Christo.

Entonces S. Ignacio, temiendo la ruina de su pueblo, se dexó conducir sin resistencia á la presencia de Trajano. Pregúntale este: *¿Quién eres tu, espíritu maligno, que desprecias nuestras órdenes, y animas á otros para que se pierdan?* Respondió el Santo *que se llamaba Teóforo: ¿Quién es,* replicó Trajano, *el que lleva á Dios?* *El que lleva á Christo en el corazon,* dixo S. Ignacio, haciendo en esto una clara confesion de la Divinidad de Christo. Díxole entonces Trajano: *¿Y qué te parece que nosotros no llevamos en el corazon á nuestros Dioses, que nos defienden de nuestros enemigos?* *Yerras,* respondió S. Ignacio, *teniendo por Dioses á los de los Gentiles: solo hay un Dios, que crió el cielo, la tierra, el mar, y quanto hay en ellos; y no hay mas que un Jesuchristo, hijo de Dios, á cuyo reyno yo aspiro.* *¿Hablas,* le dixo Trajano, *del que mandó crucificar Poncio Pilato?* *Así es,* respondió S. Ignacio: *de aquel hablo, que crucificó el pecado y su autor, y puso á los pies de los que le traen en el corazon toda la malicia del comun enemigo.* *¿Luego llevas en el corazon al crucificado,* dixo Trajano? *Cierto,* replicó S. Ig-

nacio; *pues está escrito: Habitaré y andaré con ellos* (1). Entonces Trajano pronunció esta sentencia: *Mandamos llevar preso á Roma á Ignacio, que dice traer consigo al que fué crucificado, para que le devoren las fieras en los espectáculos del pueblo.* Oida esta sentencia, lleno de júbilo exclamó el Santo: *Yo os doy gracias, Señor, porque os habeis dignado de honrarme con la mas perfecta caridad hácia vos, y reducirme á cadenas de hierro como á vuestro Apostol S. Pablo.* Dicho esto, y dexándose aprisionar con gusto, hizo primero oracion por su Iglesia, la encomendó al Señor con lágrimas de ternura, y luego le arrebatáron de allí los soldados. Era costumbre enviar á Roma los reos mas famosos de todas las provincias. El Emperador contaba sin duda como uno de estos al maestro y Prelado de los Christianos de la grande Antioquia, capital del Oriente.

Partió S. Ignacio de Antioquia, vino á Seleucia para embarcarse, y hacer su viage por las costas del Asia. De dia y de noche le custodiaban los soldados, que el Santo llama *Leopardos*, ó por su crueldad, ó por otro motivo ignorado. Despues de una larga y penosa navegacion llegó á Smirna, en donde tuvo el consuelo de detenerse algun tanto en casa de S. Policarpo, Obispo de aquella Ciudad, y condiscípulo suyo (uno y otro eran discípulos de S. Juan): allí recibió á varios Obispos, Presbíteros y Diáconos, que diputáron algunas Ciudades é Iglesias del Asia para que le visitasen. De Smirna pasó á Troas, allí emprendió el camino de Nápoles, y pasando por Filipis sin detenerse, atravesó la Macedonia; y habiendo encontrado una nave en Epidamo, á las costas del Epiro, se embarcó en el mar Adriático, y por él se introduxo en el de Toscana. Habiendo visto la Ciudad de Puzol, quiso desembarcar en ella, siguiendo el mismo camino que el Apostol S. Pablo; pero no permitiéndolo una borrasca que se levantó, y llevó la nave por otra parte, hubo de pasar de largo, contentándose con elogiar la ardiente cari-

(1) En la Epistola segunda á los Corinthos, cap. 6, vers. 6.

dad de los Christianos, que habian merecido la corona en aquel pueblo. Ultimamente, habiendo tenido viento favorable, arribaron al puerto de los Romanos en un dia y una noche, segun refieren los escritores de sus Actas, que le acompañaron en el viage. Apenas hubieron desembarcado, creyendo los soldados que apremiaba el tiempo, por estar para acabarse las fiestas, obligaron al Santo á tomar inmediatamente el camino para la Ciudad. Ya se habia esparcido la noticia de la sentencia del martirio: muchos de los Christianos, penetrados de sentimiento, procuraban apaciguar al pueblo para que no quitasen la vida á este varon santo: este que por revelacion divina tuvo noticia de todo, les exhortó á que le profesasen una verdadera caridad, y no le retardasen el llegar al Señor.

Habiendo logrado ajustar á las reglas de la verdadera caridad lo activo de este afecto demasiado humano con que le miraban; puesto de rodillas con todos los Christianos que allí estaban, rogó al Señor, y le pidió que calmase aquella persecucion, restituyese la paz á la Iglesia, infundiendo en todos verdadero amor y concordia, y una caridad capaz de resistir á todos los atractivos del mundo y de la carne. Acabada esta oracion le condujeron al anfiteatro, y le arrojaron á las fieras en cumplimiento de la orden que habian recibido del César. Esto era el dia 20 de Diciembre, en el qual y siguientes celebraba la supersticion Romana las fiestas llamadas *Sigilares* (1). Toda la gente de Roma habia concurrido al anfiteatro con la mayor curiosidad, y deseo de ver derramar la sangre de aquel Mártir. Suetos los leones inmediatamente le despedazaron y devoraron, como pedia á gritos el pueblo. Quedaron los principales huesos, los recogieron los Fieles con la mayor veneracion, y depositándolos por entónces en un lugar señalado fuera de la Ciudad, los trasladaron despues á Antioquia, en donde los deposita-

(1) Fiestas á que diéron este nombre, porque en vez de hombres, ficaban á Saturno, le ofrecian ciertas figuras humanas que llamaban *Sigilla*.

ron en una caja, como un tesoro inestimable (1). Sucedió esto en el año de 107, siendo Cónsules Sura y Senecion II.

Se le atribuyen á S. Ignacio muchas cartas: de ellas solo se tienen por legítimas y genuinas (así entre los antiguos Padres como entre los críticos modernos) siete, que son: 1.^a á los de Éfeso, en la que hace mencion de Onesimo su Obispo: 2.^a á la Iglesia de Magnesio, en la que habla de Darmaco su Obispo: 3.^a á la Iglesia de Tralia, que tenia por Obispo á Polibio: 4.^a á la de Roma: 5.^a Estando en Troas escribió á los de Filadelfia: 6.^a á la Iglesia de Smirna: 7.^a á Policarpo, Obispo de aquella Ciudad. Estas son las siete cartas que Eusebio (2) atribuye á S. Ignacio, y que han llegado hasta nosotros.

Las mejores ediciones de estas cartas son la de Amsterdam del año de 1679 en folio, con las disertaciones de Eusebio y Pearson; y la de Cotelier en la obra intitulada *Patres Apostolici*, en griego y en latin, impresa en Paris el año de 1672 en folio al tomo 2.^o (3).

Otras cartas que corren con el nombre de S. Ignacio, las tienen los críticos por apócrifas.

(1) Se ignora el motivo de celebrar su fiesta en el dia primero de Febrero. Sin duda es la época de alguna translacion de tres que constan por la historia. La primera fué de Roma á Antioquia: la segunda se hizo á un templo que erigió Teodosio con el nombre de este Santo en 440; y la tercera la que se presume haber sucedido pasado el año de 638, quando los Sarracenos to-

máron á Antioquia, para llevar sus reliquias á Roma.

(2) Lib. 3, cap. 36.

(3) En la nueva edicion de esta Biblioteca se ha consultado la edicion en 2 tomos en folio de le Clerc; pero esta edicion debe leerse con mucha cautela, por causa de los pensamientos particulares del editor, que es Protestante, é inclinado á los errores de los Socinianos.